



Madrid, tocado con la boina venenosa de la contaminación.

Hace unos días he tenido el honor inmerecido de penetrar en este paraíso social. He visto de cerca la reserva de ejemplares mágicos y le puedo asegurar que es un zoo rutilante, que las hembras son todas hermosas, relajadas, rubias y elásticas y que los machos están llenos de haces musculares, de reflejos de masaje y luces de pátina. Todos los ricos tienen la quijada reluciente, se les reconoce por el brillo del lóbul. Pero aquí hay algo más. Es la sofisticación de la inocencia, la gracia preternatural, la convicción de que en el jardín del club está el árbol del bien y del mal, cuajado de fruta prohibida, y que si te comes una no pasa absolutamente nada. Tomando el té en la terraza, allí en la sobre mesa, recibí una sutilísima lección de economía. Era una tertulia de seres escogidos por la pureza de la sangre, y allí no se hablaba de la contaminación, de esa boina venenosa que estaba cubriendo Madrid. Tampoco salió a relucir Jomeini, ese Felipe de Neri sentado sobre una manta, que ha dividido el mundo en santos y pecadores, en fieles e infieles. Nadie habló de política, que es algo lejano y bastardo. Allí se hablaba de que el caballo había hecho un extraño en la galopada, de que se había logrado meter la pelota en el hoyo sólo con tres golpes y de otras intelectualidades frívolas y deportivas.

En un momento de la conversación cometí la bajeza de insinuar lo bien que se estaba allí, bajo un sol tierno, frente al her-

moso paisaje de la sierra, con el Parque Sindical a los pies y la autopista de La Coruña embotellada. Tuve la debilidad de recordar que el bienestar o el lujo es un concepto relativo, por la cosa del contraste. Lo pasas mejor, si desde esta altura ves ahí abajo a los obreros comiendo patatas o divisas, la carretera atiborrada por una clase media llena de traumas dentro del coche. Me miraron como a un marciano. No entendían. Pero una muchacha rubia, recién salida de la ducha posterior al picadero, captó el sentido y me dio una gran lección, una teoría del mundo en dos palabras.

Dijo que este paraíso del Club Puerta de Hierro, que me parece tan maravilloso, sirve para que la gente trabaje. Cuando el obrero ve o presiente que hay un mundo de lujo, se esfuerza por conseguirlo. Todos quieren subir hasta lo más alto. Se necesita que alguien esté allí para provocar la envidia, que es la pasión que mueve la economía.

En la entrada del palacete social una inscripción en cuatro azulejos recuerda la gratitud de los socios a dos próceres que hicieron posible la reconstrucción del Real Club Puerta de Hierro después de la cruzada de liberación. Sobre una colina de esmeralda se ve una magnífica galopada de caballos. Madrid está bajo una capa de ponzoña. De noche ha aparecido en el cielo un ovni. Pero los seres mágicos, no contaminados, ya hace mucho que tienen un nido en el planeta.

Congreso en Berlín

El SPD, a los veinte años de Bad Godesberg

JOAQUIN RABAGO

ES un Congreso importante el que celebran esta semana los socialdemócratas alemanes en la ciudad dividida. De él deben salir las directrices que determinarán el rumbo del partido hasta las elecciones para el Bundestag del próximo año. Unas elecciones que prometen ser cualquier cosa menos aburridas. El candidato de la oposición, Franz-Josef Strauss, ya se ocupará de que así sea. De hecho, puede decirse que la campaña ha comenzado. Comenzó tan pronto como se supo que Strauss iba a ocupar definitivamente el lugar del más moderado Albrecht como candidato común de la CDU-CSU. La primera salida de Strauss de su feudo bávaro, el pasado septiembre, para celebrar una serie de mítines en la región del Ruhr fue como un preanuncio de lo que puede ocurrir en 1980. Abucheado por jóvenes izquierdistas, el cristiano-demócrata no pudo contenerse, y no sólo respondió a los insultos con otros insultos, sino que al día siguiente iba a acusar al socialdemócrata Egon Bahr de estar personalmente detrás de los disturbios. Unas acusaciones de juzgado de guardia.

Lejos de escarmentar, el jefe del Gobierno bávaro iba a dar pie poco después a una nueva campaña difamatoria contra el SPD. Apoyándose en unas manifestaciones de Strauss, el secretario general de la CSU, primero, y luego, el jefe de las juventudes del partido, dirían, en el colmo de la demagogia, cosas como estas: "Los nacionalsocialistas eran ante todo socialistas" y "Tanto Hitler como Goebbels eran marxistas en el fondo de sus corazones". Palabras estas últimas pronunciadas no en una cena de amigos, sino a través de los micrófonos de radio Baviera.

Cerrar filas

Sin embargo, Helmut Schmidt es un hombre frío, que no acude fácilmente el trapo rojo de ese tipo de provocaciones. Sabe que la imagen de un Strauss inconti-

nente, desaforado, más que nada le beneficia. El trata de comunicar a sus conciudadanos una impresión de austeridad, de aplomo, que contrasta abiertamente con el radicalismo vocinglero del bávaro. Además, a mayores ataques desde la derecha, más fácilmente conseguirá que el partido cierre filas en torno a su persona. Un excelente pretexto para amortiguar, ya que no acallar, las protestas y las críticas de los sectores más a la izquierda del partido y en especial de los Jusos (jóvenes socialistas), que propugnan, entre otras cosas, una política energética distinta de la suya: es decir, excluyente de lo nuclear.



Helmut Schmidt: un eficaz gestor.

Schmidt no se cansa de repetir, por el contrario que "sin energía nuclear no puede haber crecimiento". Y sin crecimiento aumentarán el paro y el descontento de la población, lo que no puede por menos de conducir a una derechización del país. Los Jusos y algunos sectores del SPD como el que encabeza Eppler no están de acuerdo. Lo nuclear puede y debe esperar. O se ofrecen unas condiciones de seguridad absolutas —algo prácticamente imposible— o se renuncia a su empleo. Por el contrario, hay que impulsar, según ellos, desde ahora mismo la investigación de fuentes de energía alternativas así como hay que buscar métodos que permitan un mayor aprovechamiento de las tradicionales. Todo ello, combinado con

Congreso en Berlín

un programa eficaz de ahorro energético —racionalización, mejor aislamiento de los hogares, etc—, puede ser más que suficiente para cubrir las necesidades de consumo durante los próximos cincuenta años. Pasado este plazo, la RFA tal vez pueda prescindir totalmente de las plantas nucleares que hoy están en funcionamiento. Pues, por otro lado, siempre se ha dicho que la energía nuclear es una solución puente: a corto y medio plazo.

El desafío de los verdes

A los jóvenes socialistas les preocupa, en relación con estos temas, la gran capacidad de convocatoria que está demostrando en los últimos meses el recién estrenado movimiento ecologista. Y la falta de sensibilidad del canciller ante esta nueva realidad.

El éxito de los verdes en Bremen, donde obtuvieron cuatro escaños, podría repetirse en otros lugares, y aunque en las próximas elecciones no lograsen aquéllos superar la barrera del 5 por 100, condición necesaria para entrar en el Bundestag, podrían arrebatarles suficientes votos a liberales y socialdemócratas como para imposibilitar una nueva coalición como la que hoy gobierna. Los verdes, apoyados por el disidente germano-oriental Rudolf Bahro y el ex dirigente estudiantil Rudi Dutschke (ver entrevista con Bahro en el número anterior), han anunciado por boca de uno de sus diputados de Bremen su dis-

posición a no participar en las elecciones de 1980 para el Bundestag "siempre y cuando el SPD renuncie claramente en su congreso de Berlín a la energía nuclear".

Es difícil que Schmidt ceda en este terreno. A lo más que puede llegar la actual dirección del SPD es al compromiso de dar prioridad al desarrollo de energías alternativas y al antes citado programa de ahorro energético. Queda, sin embargo, el grave problema del almacenamiento y reprocesado de los residuos, sobre todo después de que, por la presión popular, se suspendiese la construcción de la gigantesca planta de Gorleben. Sin embargo, los gobiernos de los "länder" parecen haber llegado al acuerdo de ir almacenándolos en depósitos provisionales de tamaño intermedio, distribuidos a lo largo y ancho del país.

OTAN obliga

Otro tema importante sometido a debate en el Congreso berlinés será el de la aceptación o no de la propuesta de Washington en torno a la construcción y eventual instalación en la Europa Occidental de 572 nuevas armas nucleares norteamericanas de alcance medio ("Pershing 2" y "misiles crucero"), sobre la que la OTAN debe pronunciarse también este mes, no sin tener en cuenta la propuesta de negociaciones que hizo Leonidas Brezhnev en Berlín Oriental y que fue tan fríamente acogida en medios occidentales (ver TRIUNFO 874). El ministro de Asuntos Exte-

riores soviético, Gromyko, manifestó públicamente, durante su reciente visita a la capital de la RFA, que no habría negociaciones si la OTAN daba el sí a Washington. En conversaciones privadas, no obstante, parece ser que se mostró menos inflexible.

También aquí, frente a la opinión de la izquierda del partido, representada en esta caso por Herbert Wehner, el canciller parece haberse inclinado por la posición del ministro de Asuntos Exteriores de su gabinete, el liberal (del FDP) Genscher, para quien la OTAN no debe renunciar a la "modernización" de su armamento nuclear mientras negocia. Schmidt parece haber encontrado un buen pretexto en los "compromisos superiores" de la OTAN, a los que la RFA debe subordinar su propia política de defensa, que no puede seguir un camino independiente. El canciller desea sobre todo dejar claro —por si no lo estaba ya suficientemente— que no trata de convertir, como insinúan algunos, a la RFA en una nueva Finlandia, lo que sin duda complacería a los dirigentes del Kremlin, pero que Washington trataría de impedir a toda costa.

"El primer empleado de la RFA"

De lo que, en cualquier caso, no cabe duda, y esto debe quedar claro en el Congreso de Berlín es de que, a sus sesenta años, el "primer empleado de la RFA", como se autodefinió recientemente el propio Schmidt, es poco

menos que insustituible. Aunque sólo sea porque un moderado a la cabeza del SPD puede atraer a todo ese centro indeciso del electorado que con otro candidato de la oposición que no fuera el jefe del Gobierno bávaro tal vez votara por los cristianodemócratas. Pues con Schmidt —diga lo que quiera Strauss sobre el socialismo como negación de la libertad— la economía de mercado está a salvo. Y esto es lo que, en el fondo, importa.

Uno de los hombres más críticos a este respecto dentro del partido, el burgomaestre de Hamburgo, Klose, que reavivó hace un año aproximadamente el debate en torno a la teoría del "Stamokap" (capitalismo monopolista de Estado) —ver TRIUNFO 830— atraviesa una crisis política tras el escándalo político que siguió al descubrimiento en su ciudad de un viejo almacén donde se guardaban ilegalmente explosivos y gases tóxicos. Hoy por hoy, Klose no parece estar en condiciones de plantear batalla.

Sea como fuere, son cada vez más los que, a los veinte años del crucial Congreso de Bad Godesberg, echan de menos un programa ideológico en el SPD. Este se ha convertido, según sus críticos, en un nuevo partido de gobierno, atento a la solución de problemas muy concretos y parciales, sin ofrecer ninguna alternativa global. Schmidt es ante todo y sobre todo un excelente gestor. Tal vez el mejor que podrían encontrar unos empresarios avanzados e inteligentes, deseosos de evitar cualquier conflicto con los sindicatos. Pero falta ese horizonte utópico que es el motor de todo proyecto transformador de la sociedad.

De todas formas, existen ya algunos indicios de que las cosas pueden empezar a cambiar para Schmidt y el SPD. Las huelgas de hace casi un año en el Ruhr, que difícilmente pudo controlar la dirección de los sindicatos, es uno de ellos. Por más que los responsables del DGB (Confederación Alemana de Sindicatos) traten de presentarlas como un hecho aislado. O también esa conjunción de grupos alternativos e "iniciativas de ciudadanos", con los "verdes" como núcleo, que no aceptan la mera alternancia en el poder de los grandes partidos y el mantenimiento del "statu quo". Los Juntos han sabido valorar la importancia de estos nuevos fenómenos sociales y han hecho sonar la señal de alarma. Pero los "apparatchiki" son a veces duros de oído. ■ J. R.



Manifestación de "verdes" (ecologistas) en la capital de la RFA.